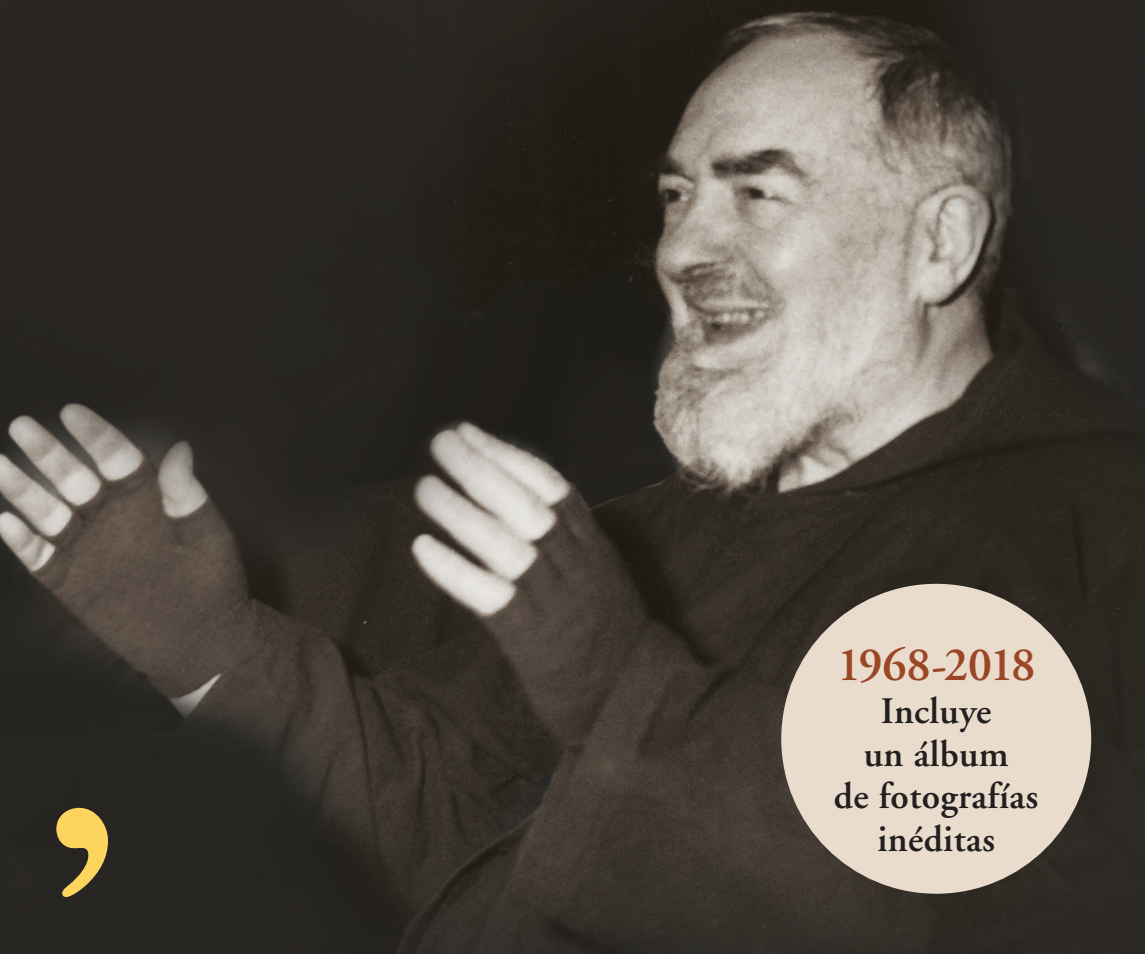


JOSÉ MARÍA ZAVALA  
EL  
SANTO

La revolución del Padre Pío

«Zavala se atreve a explorar el complejo universo del Padre Pío, contagiándonos su fascinación por uno de los grandes hombres del siglo XX.»

Javier Sierra



1968-2018  
Incluye  
un álbum  
de fotografías  
inéditas



JOSÉ MARÍA ZAVALA

EL SANTO

La revolución del Padre Pío



Los lectores que lo deseen pueden enviar los testimonios de las gracias concedidas por intercesión de San Pío de Pietrelcina a la dirección de correo electrónico: palomica.888@gmail.com

Imágenes de interior: todas las imágenes pertenecen al © Archivo Casa Sollievo della Sofferenza a excepción de las contenidas en la sección «Archivo y Entrevista», que son propiedad del autor

Diseño del Álbum: María Pitironte

© José María Zavala, 2018

© Giulio Michele Siena, por el prólogo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Primera edición: marzo de 2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.482-2018

ISBN: 978-84-9998-649-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

[www.temasdehoy.es](http://www.temasdehoy.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unígraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	15
PALABRAS PREVIAS. HURACÁN PADRE Pío, por Giulio Michele Siena, director de Comunicación de Casa Alivio del Sufrimiento .....	17

## EL TITÁN

Vida de crápula .....	25
Estatua de sal .....	27
El ermitaño .....	29
«Pescado navideño» .....	31
El rostro del Padre Pío .....	32
El que advierte... ..	34
Curioso recibimiento .....	35
Bromista empedernido .....	37
Mensajero de lujo .....	39
La película .....	40
Al borde del abismo .....	42
El Purgatorio .....	46
La mujer adúltera .....	48
Camisa blanca pero alma sucia .....	49
Zeffirelli y las chicas milanesas .....	50
Agente inmobiliario .....	51
El último deseo .....	52

«¡Papá, aquí está Jesús!» .....	54
«¡Soy un misterio para mí mismo!» .....	57
Siempre la Madonna .....	60
El primer encuentro .....	67
Lector de almas .....	69
El Cielo en la tierra .....	71
Pasión por las almas .....	75
El blasfemo de Cerignola .....	77
Una piedra como almohada .....	79
Salvar almas .....	80
Ver o no ver .....	83
Cara y cruz .....	84
Pies para qué os quiero .....	85
De moribunda, nada .....	86
«¡Levántate y anda!» .....	88
Del padre al hijo .....	90
Más «peces gordos» .....	93
... Algunos comunistas .....	99
Otros «pececitos»... ..	102
... y «peces medianos» .....	104
Dos por uno .....	107
¿Tumor? ¿Cáncer de lengua...? .....	109
Profecías vaticanas .....	110
«Uno de vosotros morirá» .....	116
Prodigios en tiempos de guerra .....	119
Saber sufrir .....	121
El secreto del rey .....	125
Rendidos a la evidencia .....	129
«Viajero» incansable .....	132
Un encargo de la Virgen .....	137
Perfume embriagador .....	139
Éxtasis y apariciones .....	144
El hombre del pantalón de rayas .....	146
El «cosaco» visto por su víctima .....	148

## ÍNDICE

¡Menudas nohécitas! .....	150
Cartas indescifrables .....	153
El amigo infalible .....	155
El tránsito .....	157
La celda número 5 .....	158
«Soy un fraile muy afortunado» .....	161
«¡Sangre por todas partes!» .....	162
Jesús de carne y hueso .....	165
La «Niña» del Padre Pío .....	165
El monaguillo .....	168
La confesión .....	169
Consuelo de las almas .....	170
El sueño de una vida .....	172
«Una paz infinita» .....	174
«Como los coros de los ángeles» .....	175
El Tribunal de Dios .....	177
Inocente criatura .....	178
La mujer que veía a la Virgen .....	179
«Debes trabajar en mi Casa» .....	180
Los pañuelos .....	181
El accidente .....	183
«Un día me será útil» .....	185
Una Casa sobre roca firme .....	186
Los niños primero .....	189
«Te curarás muy pronto» .....	191
La llave del corazón de Dios .....	193
Volver a nacer .....	195
La medalla azul .....	197
Vivir para contarlo .....	200

## EPÍLOGO

«Daré más guerra muerto que vivo» .....	205
«Quiero rezar» .....	206

## ÍNDICE

Fuerza sobrenatural .....	208
El último órdago .....	209
Dinamita bajo la almohada .....	211

### ANEXO 1. MILAGROS DE LA *POSITIO*

Curaciones .....	216
Conversiones .....	226
Profecías .....	229
Perfumes .....	243
Escrutación de los corazones .....	251
Bilocaciones .....	255
Más prodigios .....	260

### ANEXO 2. MILAGROS DE HOY

Los cheques .....	274
«Yo he visto al Padre Pío» .....	276
El «príncipe azul» .....	282
La semilla del Amor .....	282
Agencia Padre Pío .....	285
El despertador .....	286
El mejor regalo .....	288
De Lourdes a San Giovanni .....	290
Canción de amor .....	292
Los ojos del alma .....	294
Hermanas para siempre .....	295
Soñar con él sin conocerle .....	298
Benditas multas .....	300
Prodigios en cadena .....	301
El «enchufe» .....	302
«¡Dímelo clarito!» .....	305
Divino encargo .....	307
«Bebé franciscano» .....	308

## ÍNDICE

Embajador en el infierno .....	309
El calambrazo .....	311
Muerde el anzuelo .....	312
«Clara 35» .....	316
La compraventa .....	318
¿Cáncer de pulmón? .....	319
Regalos divinos .....	320
El arma más eficaz .....	322
Correr, correr y correr .....	323
El guante prodigioso .....	324
Visitante nocturno .....	325
El globo de la esperanza .....	326
«¡Pedid y se os dará!» .....	329
La «cigüeña» en Argentina... ..	330
... y en Filipinas .....	331
Segunda oportunidad .....	331
Treinta y cinco segundos .....	336
El médico ideal .....	337
Compañero de quirófano .....	338
Siete vidas, como los gatos .....	339
El caso de Elvira Serafini .....	340
Ni rastro del cáncer .....	342
El empleo .....	343
Del sida, ni hablar .....	344

## NOVENA DEL PADRE PÍO

Oración al Señor por intercesión de San Pío de Pietrelcina ...	347
Novena al Sagrado Corazón de Jesús .....	347
CRONOLOGÍA .....	349
BIBLIOGRAFÍA .....	351
ÁLBUM DEL PADRE PÍO .....	353



## EL TITÁN

Mirad la fama que ha alcanzado el Padre Pío, los seguidores del mundo entero que ha congregado en torno a sí. Pero ¿por qué? ¿Acaso porque era un filósofo? ¿Porque era un sabio? ¿Porque disponía de medios? Nada de eso: porque decía la Misa humildemente, confesaba de la mañana a la noche y era, es difícil decirlo, un representante sellado con las llagas de Nuestro Señor. Un hombre de oración y sufrimiento.

PABLO VI (Roma, 20 de febrero de 1971)

Aquella mirada colérica le fulminó para siempre.

Asomado a la sacristía de la pequeña iglesia del convento de San Giovanni Rotondo, consagrada a la Virgen de las Gracias, el viajero distinguió al fondo a un sacerdote capuchino sentado junto a un reclinatorio. Confesaba a un campesino, mientras otros como él aguardaban su turno.

—¿Es el Padre Pío? —susurró.

Un hombre asintió con la cabeza.

«No veía el rostro del monje, inclinado sobre su penitente», recuerda Emanuele Brunatto en sus *Memorias* íntimas, estampadas de su puño y letra en unas cuartillas en 1955, con permiso del Padre Pío, el primer sacerdote estigmatizado de la historia, las cuales hoy conserva su hijo François como el mayor de los tesoros.

Redactadas en tercera persona con el seudónimo de «El Publicano», en señal de su profundo recato con la posteridad, las extractamos ahora con su verdadero nombre y en primera persona, una vez publicadas en francés por su hijo François, nacido menos de un año antes de la muerte repentina de su padre, con setenta y dos años, el 10 de febrero de 1965.

Horas antes, el joven y musculoso Emanuele Brunatto, que acabaría convirtiéndose en el primer hijo espiritual conocido del Padre Pío, había tomado el tren para Foggia, de donde salían los autocares hacia el municipio de San Giovanni Rotondo, situado a casi cuarenta kilómetros de la estación, al sur de Roma. Pero él se apeó, por error, en San Severo, donde no había ni un solo autobús que le llevase a su destino.

Así que no tuvo más remedio que recorrer a pie los cuarenta kilómetros que, a través de la llanura y la montaña, le separaban del convento donde residía el Padre Pío, de quien había oído hablar por primera vez el día en que desembarcó en Nápoles con su amante Giulietta, una linda y desenfadada mujer de dieciocho abriles que había reemplazado a su propia esposa en el lecho conyugal.

El periódico local *Il Mattino* dedicaba entonces un extenso reportaje al fraile, merecedor ya para muchos del apelativo de «santo» en vida. El autor del artículo describía los estigmas del capuchino, de unos treinta años, y le atribuía portentosos milagros que dejaban a todos los peregrinos boquiabiertos.

Por increíble que parezca, Brunatto creyó cuanto acababa de leer, hasta el punto de que se propuso conocer al protagonista de la crónica atraído por la morbosa curiosidad del periodista. No en vano, tras poner en marcha un gran negocio maderero, Brunatto obtuvo la concesión de la publicidad de periódicos importantes y escribió varios artículos hasta crear finalmente una industria de fertilizantes químicos. Ganó mucho dinero, pero lo malgastó enseguida lanzándose a una vida desordenada y sensual, agravada por su afición a la bebida, mientras se alejaba de la Iglesia hasta abandonar toda práctica religiosa.

Desdibujados quedaron así pronto los recuerdos de su piadosa familia, empezando por su propio bautismo en la parroquia de la Madre de Dios al poco de nacer, el 9 de septiembre de 1892, mientras su padre le encomendaba a la Inmaculada Concepción y su madrina le regalaba una medallita de la Virgen Milagrosa de la Rue du Bac que le acompañaría durante toda su vida.

¿Quién osaría afirmar desde entonces que aquel hombretón con mostacho de húsar había sido un monaguillo ejemplar de niño y que custodiaba en su corazón la fe de sus padres, como el grano de mostaza...? Nadie, obviamente, que no le hubiese conocido en aquella época.

Aunque Brunatto, eso sí, seguía siendo incapaz de pasar delante de una iglesia sin despojarse del sombrero, en señal de profundo respeto, ni de conciliar el sueño sin entonar antes las tres Avemarías. Y si se olvidaba de rezarlas alguna noche que se acostaba ebrio o extenuado, un rumor incesante, similar al zumbido de un insecto, le recordaba su piadoso compromiso.

Pero cada vez que intentaba emprender el viaje a San Giovanni Rotondo, a casi doscientos kilómetros de Nápoles o a cuatrocientos de Roma, en el sur de Italia, surgía siempre alguna dificultad imprevista que le hacía recapacitar: «Aún no ha llegado mi hora»...

### VIDA DE CRÁPULA

Arruinado, organizó entretanto un número dramático y cómico con Giulietta, acompañado de canciones, bailes y declamación, en el frívolo escenario de un *music-ball*.

Brunatto era buen actor, pero cantaba mal y no sabía bailar; ella, por el contrario, tenía una bonita voz y danzaba como las olas. Todo ello aderezado con el magnífico vestuario puesto en escena por Giulietta, atrajo el interés de un agente teatral y de un maestro muy popular de la canción napolitana, Gaetano Lama, que se ofreció a componer la música.

Con todo listo, el estreno tuvo lugar en un teatro lleno a rebozar, en la Sala San Giuseppe de un viejo *music-ball* de Nápoles. Pero los silbidos y abucheos no tardaron en producirse y la pareja se quedó finalmente sin contrato.

Sin maleta tampoco, con solo un hatillo por todo equipaje, ambos se instalaron en un callejón mugriento. Sumidos en aquella cloaca humana, intentaron de nuevo salir a flote.

Brunatto firmó un contrato con una compañía de opereta en formación que empezaba los ensayos y no pagaba aún a los actores, mientras que Giulietta empezó a trabajar como costurera para una cantante, arrendataria para colmo de una casa de citas: la célebre pensión Mamma Eva Al Corso.

La nueva clienta le confió a Giulietta su guardarropa para que lo renovara. En su vestuario había un suntuoso vestido bordado con nácar que Brunatto no tardó en llevar a una casa de empeños. En cuanto tuvo alguna que otra lira en el bolsillo, decidió viajar a San Giovanni Rotondo para conocer al Padre Pío.

«Era una noche de luna llena», evocaba Brunatto en su autobiografía. El joven y audaz peregrino caminó durante toda la noche por una carretera desierta, cortada de vez en cuando por sombríos bosques que le hacían estremecerse en medio del más claustral silencio y de la más pasmosa soledad. Antes de llegar a la meseta donde estaba situado San Giovanni Rotondo, atravesó el Valle del Infierno, que hacía honor a su terrible nombre.

«Una luz blanca y fría —agregaba el caminante— bañaba las rocas afiladas y una gran extensión salpicada de bloques volcánicos; aquí y allá, las siluetas retorcidas de higueras de Berbería». Brunatto tenía la impresión de estar rehaciendo el camino de su vida: «Una ruta nocturna, sembrada de dificultades, que me llevaba hacia un día desconocido...», anotaba.

El sol resplandecía cuando llegó al convento. Tuvo el presentimiento de que algo nuevo estaba a punto de revolucionar su vida, pero no sabía con exactitud de qué se trataba. Una voluntad más fuerte que la suya le guiaba hasta allí y, por primera vez en su vida, se dejó llevar por la docilidad. Entró en la iglesita. Lanzó una ojeada al hermoso tríptico del ábside, coronado por un icono

de la Virgen de las Gracias, y pasó, sin ni siquiera mirarlo, ante el altar dedicado al capuchino San Félix —el protector de su padre, llamado también Félix— hasta entrar finalmente en la sacristía...

### ESTATUA DE SAL

Apoyado en el muro, al otro extremo de la sacristía, esperó unos instantes que se le hicieron una eternidad.

De repente, el confesor levantó la cabeza y le miró fijamente. Sus grandes ojos negros estaban llenos de ira, de amenaza, de reproches..., como si estuviese contemplando al mismísimo diablo.

Brunatto permaneció absorto y desconcertado, convertido en estatua de sal.

«Los rasgos del monje me parecieron acusados y burdos, la barba enmarañada, la expresión vulgar... ¿Este es un santo?», se interrogó, decepcionado, en sepulcral silencio.

Y, acto seguido, se reprendió a sí mismo: «¡Menudo viaje de locos! ¡Todo mi dinero gastado para ver esto y ser recibido así!».

El capuchino bajó la cabeza y prosiguió con la confesión.

¿Qué pasó en un solo instante por la cabeza de Brunatto?  
¿Qué fuego incontenible abrasó como un ascua, de forma inesperada, el remoto santuario de su alma?

«Invadido por una emoción irresistible —escribe él mismo— salí dando zancadas de la sacristía, atravesé la iglesia y corrí a lo largo del muro del monasterio... Mis manos agarradas a la tapia, sacudido por los sollozos, mientras lloraba como un niño: “¡Señor mío y Dios mío!”». No se trata, ni muchos menos, de un relato novelado, como advertía el propio Brunatto:

La realidad del encuentro del servidor de Dios y del pecador fue incluso más conmovedor y misterioso... No tengo la suficiente capacidad para describirlo. Cuando regresé a la sacristía, el Padre

Pío estaba solo. Su rostro aparecía iluminado por una belleza sobrenatural, y su barba no estaba ya en absoluto enmarañada. Me arrodillé y empecé a confesarme. El recuerdo repentino de mis culpas brotaba como un torrente desbordado; confusamente mezclaba mis culpas pasadas con las nuevas. De repente, el Padre Pío me detuvo:

—No tienes que volver sobre los pecados que ya has confesado. Lo que el Señor ha perdonado, perdonado está: una piedra ha sido colocada sobre esas ofensas y tú no debes levantarla jamás.

La confesión no fue demasiado larga, ni demasiado breve. El Padre Pío fue sencillo, claro, humano. Me amonestó gravemente por mi situación con Giulietta, pero sin entrar en detalles. Después llegó la absolución. Empezó a pronunciar varias veces las palabras rituales: *Ego te absolvo a peccatis tuis...* Fue una verdadera lucha. Las palabras salían de su boca por sílabas, se entrecortaban, se repetían y se pronunciaban por encima de mi cabeza, como flechas lanzadas contra un enemigo invisible.

Mientras tanto, de la boca del confesor emanaba un perfume a rosas y violetas que envolvía, a bocanadas, mi propio rostro. Al final, como liberado, el Padre Pío se incorporó. Sonreía con un aire dulce y travieso, y su mirada permanecía dirigida a lo lejos, al futuro. Le pedí su bendición. Él posó sus manos, cubiertas con mitones, sobre mi cabeza. El contacto de las palmas estigmatizadas despertó en mí el recuerdo de la bendición de primogenitura que había creído recibir en sueños, años antes, de mi padre. El mismo gesto, la misma sensación de calor en la nuca, idéntica impresión de un fluido misterioso que penetraba en mi cuerpo y en mi alma. Yo me incliné para besar el borde del hábito del capuchino.

Igual que la mujer del Evangelio, que con solo tocar la túnica de Jesús quedó curada...

¿Quién iba a decirle a Emanuele Brunatto que llegaría a confesarse con un verdadero santo, como su padre lo había hecho en su día con Don Bosco en Valdocco, la casa madre de los Salesianos, convertido en uno de sus últimos penitentes?

¿Y cómo iba a saber él que sería el autor de la primera biografía del capuchino, publicada en 1926 con el título *Padre Pio da Pietrelcina* y bajo el seudónimo de «Giuseppe De Rossi», e incluida en el catálogo de obras prohibidas por el Vaticano al denunciar la incompreensión sufrida por el fraile por parte de la Iglesia a la que tanto amaba?

### EL ERMITAÑO

Tras cuarenta y ocho horas en San Giovanni Rotondo, Brunatto regresó a Nápoles convertido en un hombre nuevo.

Una de las primeras cosas que hizo fue guardar en un cajón los guantes bendecidos por el Padre Pío y percibió entonces un intenso perfume de rosas y violetas que invadía a oleadas toda la habitación. Era la misma exquisita fragancia que él ya había olisqueado durante su confesión. Desde entonces no le faltaron trabajo ni dinero.

Meses después, sintiéndose en deuda con el capuchino, volvió a San Giovanni Rotondo. Al verle de nuevo en la sacristía rodeado de feligreses, no le importó lo más mínimo arrojarse a sus pies en señal de agradecimiento. El Padre Pío posó los mitones en su cabeza, mientras subrayaba, convencido: «Agradéceselo a la Virgen».

Durante la despedida, el fraile extrajo del bolsillo una pequeña imagen de la Virgen, la bendijo y se la dio a Brunatto. Una gota de sangre se precipitó en el borde de la efigie desde uno de sus mitones. Para dejarla secar y que la sangre no se corriera por la estampa, Brunatto la conservó en la mano hasta la hora de tomar el autobús para Foggia. Pero la gota, por increíble que parezca, permaneció fresca durante varios meses, como si acabara de derramarse.

A esas alturas, el converso ya había decidido poner fin a su relación con Giulietta y retomar la vida conyugal con su mujer.

Pero poco después la esposa se distrajo con un amante, que para colmo era sacerdote, y Giulietta recuperó su sitio en la alcoba.

Brunatto supo entonces que nada sucedía por casualidad: los pedidos en el taller de costura que había fundado en su nueva etapa cayeron en picado, los créditos se agotaron y los acreedores amenazaron con precipitar la quiebra empresarial.

Casi como un menesteroso, salió de nuevo al encuentro del Padre Pío:

—Y, ahora, ¿qué pretendes hacer con esa mujer? —inquirió el capuchino durante la confesión, en alusión a Giulietta.

—Lo que usted mande, padre, pero le suplico que salve su alma —imploró el penitente.

—¡Oh, como si eso dependiese de mí!... ¡Tú no sabes lo que pides!

Brunatto arrendó una casa a dos kilómetros del convento, donde residió al principio con Giulietta, hasta que ella se instaló en el pueblo con una buena familia de terciarios franciscanos.

Desde entonces, Emanuele pudo organizar su vida de ermitaño. Cada mañana, al despuntar el alba, visitaba al Padre Pío en el convento para asistirle en la Santa Misa. Luego hacían juntos su acción de gracias en la sacristía. Finalmente, el capuchino se encaminaba al confesonario mientras él regresaba a su casa para ocuparse de la cría del corral.

Brunatto no recibía a nadie; solo leía libros de santos, cuidaba a sus animales y rezaba. Una vez por semana asaba unas patatas que constituían su principal dieta. Por la noche cenaba los frutos de su jardín, especialmente higos, que suponían para él un suculento manjar.

Durante su confesión semanal se acusó de todas sus faltas, pero se olvidó de una.

—Tengo la impresión —le dijo al Padre Pío— de que he omitido un pecado, y puede que no sea el menos grave, pero no consigo recordarlo ahora...



A lo que el capuchino le espetó en tono jovial:  
—¡Venga ya, por dos higos!

### «PESCADO NAVIDEÑO»

Emanuele Brunatto daba fe de que, si se le preguntaba al Padre Pío de improviso cuánto tiempo faltaba para la Navidad, respondía con el número exacto de días y horas...

Solía decir que la Resurrección era la explosión de la gloria, pero la Navidad era la divina ternura que atrapaba el espíritu y el corazón.

Brunatto jamás olvidó su primera Navidad en San Giovanni Rotondo. A medianoche, el Padre Pío bajó al presbiterio revestido con una capa antigua, bordada en oro fino. Poco después salió a la explanada con una talla del Niño Jesús en brazos.

Años más tarde, el converso proyectaba aún aquel nítido recuerdo en la pantalla de su cerebro:

El cielo estaba estrellado, el aire limpio, y el convento y la montaña cubiertos de nieve. Radiante y concentrado, como si llevara vivo en sus brazos al Salvador del mundo, el Padre Pío pasó entre la muchedumbre que formaba una barrera a la entrada de la iglesia. La gente cantaba al son de flautines y gaitas, los petardos y las luces de bengala hacían brillar en la nieve la luz de millares de alhajas.

Tras depositar al Niño en el pesebre, el fraile subió al altar para celebrar la Misa solemne. Cuando regresó a la sacristía, su rostro estaba muy pálido, como si acabase de derramar parte de su propia sangre sobre el altar, y desprendía una belleza sobrenatural. Se despojó de la casulla y permaneció de pie, todo de blanco con su alba de encajes, para recibir al gentío agolpado a la puerta de la sacristía.

Con una sonrisa muy dulce y un gesto de gran dignidad, dio su mano a besar y tuvo una palabra amable para cada uno. El desfile había terminado ya cuando él se giró de forma inesperada hacia una persona que acababa de entrar y le dijo de sopetón:

—Aquí estás, doctor, te esperaba para confesarte...

—Pero Padre, yo no tenía intención... —acertó a responder el interpelado.

—Entonces es el momento, querido...

El hombre en cuestión —el doctor De Giacomo, de Nápoles— obedeció sin rechistar. Llevaba varios años sin confesarse. Fue el «pescado navideño» del Padre Pío.

## EL ROSTRO DEL PADRE PÍO

—José María, confiésate.

Aquella lapidaria sentencia, dirigida contra mí, la pronunció un sacerdote singular, hijo espiritual del Padre Pío, a quien este curó tras la Segunda Guerra Mundial cuando estaba desahuciado por los médicos a causa de una tuberculosis terminal. Su nombre: monseñor Pierino Galeone.

La primera vez que le vi, don Pierino contaba ochenta y tres años, pues había nacido el 21 de enero de 1927 en San Giorgio Jónico, provincia de Tarento.

Hasta el mismo día de la muerte del Padre Pío, y durante veintinueve años consecutivos, Galeone pasó largas temporadas junto a él, sobre todo en verano, pese a no ser capuchino.

Llegué a Tarento para entrevistarle, una ciudad industrial situada en la zona costera de Apulia, a orillas del Mediterráneo, poco antes de las doce del mediodía del sábado 15 de mayo de 2010.

Días antes, había estado en Roma y en San Giovanni Rotondo entrevistándome con otros hijos e hijas espirituales del Padre Pío

que convivieron con él muchos años para escribir la biografía que le daría a conocer en España.

La ciudad de Tarento está situada en el istmo de la península salentina, que da nombre al golfo de Tarento. Su origen se remonta nada menos que al año 706 antes de Cristo, cuando se denominaba Taras. Hoy viven en aquel gran puerto comercial, convertido en el principal centro siderúrgico de Europa, alrededor de doscientas mil personas.

Uno de esos habitantes era precisamente este probo clérigo, que recibió la ordenación sacerdotal el 2 de julio de 1950, en la iglesia María Inmaculada de su localidad natal. Invitó al Padre Pío a la ceremonia. Cuando el inminente sacerdote yacía postrado en el suelo, poco antes de que el obispo pronunciase la oración de consagración, pudo sentir una intensa oleada del perfume floral del Padre Pío, en señal de su presencia espiritual.

El 20 de septiembre de 1968, al conmemorarse los cincuenta años de los estigmas del Padre Pío, don Pierino participó en su Misa, al término de la cual se despidió de él, añorándole ya:

—Padre, este año me gustaría venir más tiempo para estar con usted —manifestó.

—Tú no, pero yo iré... —respondió el capuchino con voz apagada. Y sin querer dejarle marchar aún, agregó—: ¿Seguro que debes partir?

—Padre, pasado mañana es domingo y debo celebrar Misa en la parroquia —alegó.

—¿No puede sustituirte alguien?

—Imposible, padre.

—¿También ellas se van? —dijo él, señalando con la mirada a varias hijas espirituales de don Pierino.

—Si me voy yo, se van ellas también.

Aquella fue la última vez que le vio con vida, pues al cabo de tres días falleció. Pero conservó siempre el consuelo de haberle besado las manos, los pies y el costado donde mantuvo impresas

las mismas cinco llagas de Cristo durante cincuenta años consecutivos, por las cuales perdía alrededor de cincuenta gramos de sangre al día.

### EL QUE ADVIERTE...

La víspera del viaje a Tarento, una persona que tenía trato con él me avisó de que Galeone era un sacerdote muy especial.

—¿Qué quiere decir con eso? —repuse yo.

—Pues eso, especial —sonrió enigmáticamente.

—¿Y qué tiene de especial, aparte de ser hijo espiritual del Padre Pío?

—Humm... Comparte algunos de sus mismos dones.

—No me diga que también él se pasea por el mundo como si tal cosa —añadí con ironía.

—No exactamente.

—¿Entonces...?

—Lee las conciencias.

—O sea, que es capaz de decirte hasta el número de domingos que faltaste a Misa desde que hiciste la Primera Comunión.

—Por ejemplo.

—¿Y algo más?

—Dicen que también tiene el don de profecía.

—¿De veras...?

—Conozco algún caso.

—¿Puede relatarme alguno?

—Lo siento, pero cometería una indiscreción.

Admito que aquella conversación tan reveladora me condicionó en parte esa mañana, mientras le entrevistaba. ¿Pero es que acaso alguien, de haber estado en mi misma piel, hubiese permanecido indiferente ante un hombre dotado de semejantes carismas?

Recordé, entonces, el caso del fotógrafo Federico Abresch y de tantos otros «peces gordos» a los que el Padre Pío había

desarmado con su don de introspección de conciencias, que le permitía introducirse en las inalcanzables simas del alma para hacer más provechoso al prójimo el sacramento de la Penitencia.

Y de forma similar a como sucedió con todos y cada uno de ellos, cuando terminamos la entrevista don Pierino Galeone volvió a repetirme, rotundo: «José María, confiésate».

Imagine el lector lo que pude llegar a experimentar entonces. Sobre todo, habiéndome confesado la víspera con otro monseñor, Juan Rodolfo Laise, obispo emérito de San Luis, provincia argentina situada en la región de Cuyo, donde vivía retirado desde junio de 2001.

El mismo don Pierino, sanado por el Padre Pío, había estado relatándome poco antes, cara a cara, un sinfín de anécdotas durante noventa minutos, más o menos. Desde el principio me sentí observado por su penetrante mirada a la que yo correspondía todo el tiempo.

Y fue entonces, al invitarme a desnudar mi alma en confesión, cuando vi su rostro transfigurado en el del Padre Pío. No era don Pierino esta vez quien me reprendía con sus ojos escrutadores, sino el mismísimo fraile de los estigmas al que había visto tantas veces en multitud de fotografías.

Igual que sucedió con Emanuele Brunatto o el doctor De Giacomo la primera vez que vieron al capuchino en el confesonario de la sacristía, sentí yo que el Padre Pío desvestía mi alma, sin pudor alguno, con su inquisitiva mirada, sirviéndose para ello de su discípulo Pierino Galeone.

### CURIOSO RECIBIMIENTO

Previamente, don Pierino me había recibido en el gran vestíbulo de su residencia.

Era un sacerdote de estatura normal, alrededor del metro setenta, vestido con sotana larga. Tenía el cabello blanco y los ojos

claros, que miraban más allá sin que ningún obstáculo pareciese interponerse en su sempiterno camino.

Nada más verle me aproximé, por indicación suya, a una estatua de hierro del Padre Pío de tamaño natural, situada al fondo de la entrada. Don Pierino acababa de explicarme que debía cogerle por los hombros y poner en contacto mi frente con la suya para mirarle a través de sus ojos. Obedecí, sintiéndome observado directamente por el Padre Pío. Fue una sensación muy especial.

Pedí entonces al Padre Pío, en completo silencio, que me ayudase a llevar a feliz término el encargo de escribir su libro-instrumento con la máxima humildad posible, sin sentirme protagonista en ningún momento, víctima de la vanidad del periodista. Sabía muy bien que «vano» quería decir vacío, y la vanidad era tan ruin que para afrentarla bastaba con llamarla por su propio nombre.

Poco después el anfitrión me invitó a pasar a una gran sala donde iba a tener lugar la entrevista. Él y yo nos sentamos enfrente uno del otro, a un metro escaso de distancia, separados por una especie de mostrador de madera del que se servía en otras ocasiones el orador para dirigirse a la audiencia durante los actos que allí se celebraban.

Como ya he comentado, Galeone, al borde de la muerte, había sido curado por intercesión del Padre Pío. En febrero de 1945, enfermó de tuberculosis. Vivía entonces en el Seminario Regional de Molfetta, en la provincia de Bari, hasta que un día decidió abandonarlo a escondidas para no contagiar a ninguno de sus compañeros.

Durante dos años se sometió a un tratamiento que no dio resultado. Hasta que en julio de 1947, su madre le dejó acompañarle junto con el juez del pueblo a San Giovanni Rotondo para pedirle al Padre Pío la gracia de su curación.

Apenas verle, como recordaba el propio Galeone, tuvo la impresión de reconocer al mismo Jesús en un hombre. En días

sucesivos aprovechó para rezar con él en el coro y conversar luego los dos juntos, apaciblemente, en el jardín o en la terraza.

### BROMISTA EMPEDERNIDO

Sintió, desde el principio, como si el Padre Pío le conociese de toda la vida. De hecho, el capuchino le preguntaba con insistencia, cada vez que él pasaba a su lado:

—¿Cómo te llamas?

—Pierino —respondía el entonces veinteañero.

—Pero, ¿de dónde eres?

—De Tarento.

Y el Padre Pío, alegre y guasón, asentía:

—¡Ah! ¿Tú eres Pierino de Tarento?... Ya entiendo. ¿Y de qué provincia?

—De San Giorgio.

—¿Pero de qué San Giorgio?

—De San Giorgio Jónico.

—Entiendo: tú eres Pierino de San Giorgio Jónico, provincia de Tarento.

El Padre Pío era un bromista empedernido. Como el día en que, debido a una disposición del Ministerio de Sanidad, se presentó en el convento un médico para vacunar contra el cólera a todos los frailes. Era una fría noche de noviembre, terminada ya la Primera Guerra Mundial. Al Padre Pío se le ocurrió entonces una de sus muchas travesuras:

—Muchacho —dijo al futuro fraile Modestino—, dentro de poco vendrá el padre Bernardo. Como es tan miedoso, gastémosle una broma haciéndole creer que la vacuna es muy dolorosa, y así nos reiremos un poco.

Todos, incluido Grazia Maria Forgione, padre del estigmatizado, estuvieron de acuerdo.